



lo de la obra operística de R. Strauss, "El caballero de la rosa" significa una especie de sosiego y un retorno a un modernismo muy consciente y de gran tradición vienesa. En esta obra, que es un verdadero oasis dentro del hacer de Strauss, el autor se aparta del manido drama musical para conseguir una comedia lírica de un valor extraordinario y de fácil admisión por todos los públicos. Teatro del Liceo. Días 7, 10 y 12.

THE RUTLER.—Esta amplia y descarada "parodia de los Beatles" pretende ser graciosa, ya que no puede jugar apenas alguna otra carta. En el fondo, lo que se esconde es la pavorosa falta de ideas de la música "pop" inglesa de estos últimos años, que todavía no puede desprenderse de la fuerte carga del impacto y calidad que tuvo en la pasada década. Intentar copiar toda la imaginaria "beatle" y emular sus canciones, aunque sea con la pretensión de "crear" alguna historia nueva alrededor de todo ello, es tarea bastante grotesca que, curiosamente, engaña a más de uno. (Hispanovox S-90034.)

Colaboran: Ana Angel ● Victoria Comballa ● Ana Díaz-Plaja ● Alvaro Feito ● Jordi García-Soler ● María Gorgues ● Eduardo Haro Ibars ● Miguel Logroño ● Víctor Márquez Reviriego ● Moisés Pérez Cotterillo ● José Ramón Rubio ●
COORDINAN: Carmen Fernández Ruiz y Diego Galán

SIN mucho ruido, de manera casi subrepticia, El guardián entre el centeno ("The Catcher in the Rye") se ha instalado entre nosotros. Es otro advenimiento: tardío, pero necesario. Los avatares editoriales, que a veces tienen más que ver con la bolsa que con alguna presunta clase de valores, hacen que unas bragas de oro con o sin muchacha reciban más espacio (y seguramente un espacio mucho más mediocre) que esta excelente novela, una de las más leídas en el mundo de habla inglesa, libro de cabecera de una generación y testimonio inconfundible de nuestra contemporaneidad. Como sucede con los libros que superan el interés de las élites; como sucede con los personajes que no son sólo protagonistas de una novela, sino símbolos de un carácter y de una época, Holden Caulfield (el guardián al que se refiere el título) existe como categoría, al igual que

Huckleberry Finn, Tom Sawyer o Gulliver. Es cierto que con anterioridad a esta edición de Alianza se había publicado, hace muchos años, en Argentina una traducción de la novela de Salinger, bajo el título de El cazador oculto, del mismo modo que el resto de su obra narrativa, poco abundante y tan significativa. Pero la resonancia de público y de crítica que este cazador oculto tuvo en América Latina no llegó a España, donde sólo entre círculos de iniciados se sabía que en los Estados Unidos, en una terca y tenaz irreducible soledad, existía un gran escritor llamado J. D. Salinger, autor de una docena de cuentos admirables y que vendía 250.000 ejemplares anuales de una novela singular, símbolo de la inquietud adolescente de los años 50 y 60, al mismo tiempo que rechazaba con odio cerril todas las propuestas de ceder los derechos de sus obras a Hollywood.

Dentro del confuso y contradictorio panorama de la cultura española de nuestros días (sin ceder a la fácil tentación de decir que no existe, cosa que también pueden decir los Botejara) es posible que El guardián entre el centeno no obtenga la adhesión del público y no se convierta en el fenómeno socio-cultural que fue en los Estados Unidos. Lo segundo estaría parcialmente justificado porque las condiciones en que Holden Caulfield se erigió como arquetipo de una generación no son las mismas, aunque su desencanto, su incertidumbre forman parte de los sentimientos colectivos no de un país o de una generación, sino del mundo occidental.

Se ha dicho muchas veces que Salinger es uno de los escritores más seductores de nuestros días, empleando el término en su más estricto sentido lúdico-erótico. Si la calidad de un escritor poco tiene que ver con su éxito, a veces es posible, también, ser un excelente escritor y además vender cientos de miles de ejemplares. Se trata de una operación muy difícil: los Vizcaino Casas tienen su circuito, su montaje, lo cual permite que cualquiera de sus libros venda esas cifras sin rozar nunca la genialidad, ni siquiera el talento literario, y es posible, nos consta a todos, que obras y escritores mucho más revulsivos en cuanto a estilo y contenido, jamás pasan de los 5.000 ejemplares. La seducción de Salinger le permite ganar al lector sin detrimento de la calidad ni de la sutileza del mensaje. Y los trucos que emplea para hacerlo están tan estrechamente ligados a su concepción del mundo y a la de sus personajes, que cualquier crítico se resista-

ría a llamarlos trucos. Nadie encontrará ni bragas de oro en sus personajes, ni esa mezcla de violencia y sensualidad, por ejemplo, que le dio fama y lectores a Hemingway.

Parte del encanto de Salinger (encanto que es completamente independiente del mundo que recrea, tan lleno de neurosis e incomunicación como el que más) es su estricta contemporaneidad. En pocos autores como en él la preocupación por mostrar la telaraña del presente se resuelve en una aplicación minuciosa a registrar el sentimiento moderno, la inquietud del hombre de nuestros días, la confesión y contradicción que nos rodea. Esta ha sido una de las claves del éxito de Holden Caulfield, el adolescente protagonista de El guardián entre el centeno.

Cuando un personaje, sin perder un ápice de su individualidad, llega a ser representativo de una época, de una generación, de una mane-

ra de sentir la vida y de enfrentarse al mundo, ha dado el gran salto del carácter singular a la categoría de símbolo. Don Quijote es un hidalgo de la Mancha, pero mucho más que eso, para la eternidad es el hombre que ve lo que quiere ver y que intenta imponer su visión interior por encima de los datos de la realidad objetiva. ¿Qué reconoció, qué encontró una generación entera de jóvenes en el adolescente Holden Caulfield para convertirlo no sólo en el libro de cabecera, sino en el símbolo de sus inquietudes? Es posible que si se dieran las condiciones necesarias para que en la España de nuestros días medio millón de jóvenes leyeran El guardián entre el centeno (cosa imposible en una sociedad que no forma el gusto por la lectura, ni difunde más que mensajes mediocres) el fenómeno se repitiera. Porque Holden Caulfield, entre otras muchas cosas, es el protagonista del desencanto, de la incertidumbre contemporánea; es la versión activa (y mucho menos intelectualizada, por suerte) de la náusea sartreana. Holden Caulfield es el adolescente medio norteamericano (la nacionalidad importa tan poco para el caso como que don Quijote fuera un hidalgo de la Mancha) a la búsqueda de valores a los cuales adherirse y que no encuentra, en el mundo adulto, más que falsificación, tedio, derrota y frustración. Todas sus experiencias lo conducen a aborrecer el mundo que le rodea por su fariseísmo, y su nostalgia de algo que no se sabe bien qué, es la nostalgia difusa y, sin embargo, lacerante por un compromiso más abnegado y fiel a alguna clase de valor.

Salinger, que odia el dramatismo casi tanto como a la fama, evita hacer de la desilusión de Holden Caulfield una epopeya o un folletín; sin embargo, curiosamente, al eludir el riesgo de convertir a su novela y a su protagonista en dramas, les da una dimensión trágica mucho más metafísica: es posible que Holden Caulfield no se suicide, ni se afilie a un partido de ultrazquierda; no se hará ni terrorista, ni "hippy", ni se inmolará ritualmente en alguna Isla del Pacífico; la instancia trágica está unas páginas más allá del final del libro, en la vacuidad y el vacío que un mundo aparentemente organizado espera a los adolescentes: transará, será vencido, quizá ni enloquezca. Su canto de cisne a la infancia es el lamento de una generación que no puede cambiar el mundo heredado, atado y bien atado, y que tampoco confía ya en las salidas individuales, llámense hashish, "punk" o regreso a la Naturaleza. ■

HA LLEGADO HOLDEN CAULFIELD

CRISTINA PERI ROSSI